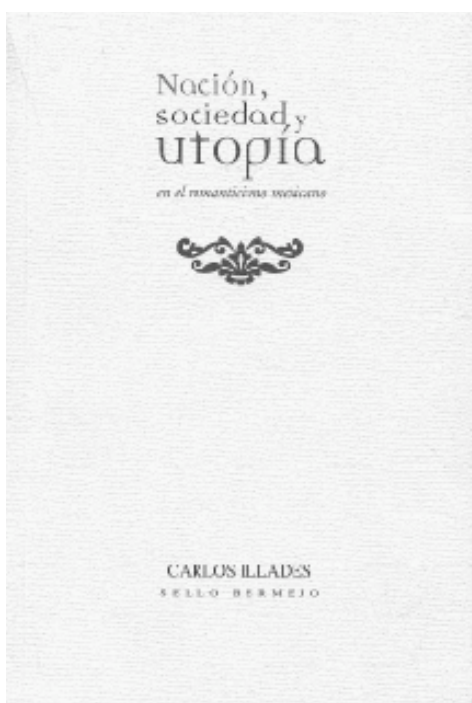


La nación como utopía de Carlos Illades

Vicente Quirarte



Carlos Illades tiene pasión por las buenas herramientas. Ésas que, fieles a la consigna del clásico, sean útiles y bellas, aunque tales principios le resulten desconcertantes a un historiador de nuestro tiempo. Le gusta utilizarlas para abrir puertas y proporcionar caminos nuevos; o se vale de las ya existentes para pulir y ofrecer inéditas realidades que teníamos enfrente de los ojos pero que no habíamos podido ni querido ver. Muchos son en tal sentido los motivos de gratitud que con él tenemos.

Cuando cayó en mis manos su libro *Hacia la república del trabajo: la organización artesanal en la Ciudad de México, 1853-1876*, aprendí a leer con nuevos ojos la clasificación de tipos urbanos hecha por Casimiro Castro, ese gran cronista, poeta e historiador de la segunda mitad del siglo XIX. Igualmente, pude comprender mejor los hábitos y el comportamiento de los perso-

najes de *La clase media* de Juan Díaz Covarrubias. Desde entonces he seguido sus trabajos con entusiasmo y agradecimiento: en primer lugar, por las muchas luces que arroja cada una de sus exigentes páginas; en segundo, debido a que las bondades de su estilo conducen a comprender lo que Hayden White decía al hablar del texto histórico como un artefacto literario.

En 1998 tuvimos el privilegio de contar con un trabajo suyo en la colección *Al siglo XIX. Ida y regreso*: la edición, el prólogo y las notas a las *Obras* de Plotino C. Rhodakanaty, ese utopista legendario cuyos textos era urgente rescatar. En fecha reciente, la Universidad Nacional Autónoma de México ha puesto en circulación las *Obras* de Nicolás Pizarro, figura injustamente olvidada por la historia de nuestras letras. Para este magno trabajo, aparecido en la Nueva Biblioteca Mexicana, Carlos Illades tuvo la colaboración de Adriana Sandoval y, como en trabajos anteriores, de María Esther Reyes Duarte en la recopilación. Antes de aparecer esta edición, los interesados en Pizarro teníamos que acudir a bibliotecas privadas o consultar sus obras en versiones humillantemente abreviadas. Escrita en 1861, el año de la difícil victoria liberal sobre la reacción, *El monedero* de Pizarro es una novela asombrosamente actual, que debía ser leída por más de un secretario de hacienda. Hoy la tenemos en la mano, gracias a Carlos Illades, en una edición que incluye, entre otros volúmenes, los catecismos políticos y los estudios filológicos del autor, lo cual da muestra de sus múltiples intereses.

Lectura obligatoria de la bibliografía de apoyo en el curso sobre viajeros mexicanos que imparto en la Facultad de Filosofía y Letras es el artículo de Carlos Illades “Via-

jeros y utopistas en el siglo XIX” donde el autor enumera pero añade un nuevo conocimiento; cita pero transforma. Escribe un ensayo como debieran serlo todos: tratados que constituyan el destilado de todas las lecturas e hipótesis de su autor. Por fortuna, una versión modificada de ese texto ejemplar se halla en el libro *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*.

Pasemos a continuación a nuestro libro. Lo primero que llama la atención es que Carlos lo haya ofrecido a la bella colección Sello Bermejo de CONACULTA y no lo haya publicado, como otros de sus trabajos, en una institución académica. Sello Bermejo es una colección que ha ido adquiriendo un perfil dirigido al tratado literario, al ensayo como creación. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano* es un libro científico pero también una obra de creación no sólo por las bondades de su estilo sino por las afirmaciones que sustenta.

Toda comparación es peligrosa, pero este pequeño gran libro de Carlos recuerda, por su metodología y lo compacto de su estilo, una obra como *Modernismo* de Rafael Gutiérrez Grardot, que en menos de cien páginas proporciona una visión reveladora de la sensibilidad finisecular, o aquel prólogo memorable de José Emilio Pacheco a la *Antología del modernismo*, modelo y ejemplo para el historiador y el literato.

Como se dijo antes, este libro es exitosamente científico; así lo demuestra la amplia y diversa bibliografía glosada, discutida y transformada a lo largo del ensayo. El autor acude a fuentes documentales, históricas, iconográficas y literarias para la articulación de su discurso. Pero es un ensayo creativo, en la vena de autores por él admirados, como Mario Praz y Walter Muschg, que aspiran a establecer una tipo-



Entrada del Ejército federal el 10. de enero de 1861

logía de esa criatura fascinante y extraña, en estado constante de transformación, llamada Romanticismo.

Nación, sociedad y utopía es un libro para iniciados y también para profanos. Los primeros encontrarán elementos de discusión para trabajos de diversas disciplinas; los segundos leerán este libro como una apasionada y apasionante novela de aventuras del alma, que son las únicas que valen la pena. Con envidiable sentido de conceptualización, el autor ofrece, en pocas pero sabias líneas, aspectos fundamentales de aquel periodo de construcción de la conciencia nacional. Enumero algunos de ellos: el concepto de pueblo “como reserva moral de la nación mexicana”; la importancia de las sociedades secretas; la diferencia y la convivencia entre el espíritu religioso y el afán laico; el melodrama como alternativa ante la negación de lo sagrado que consumió la Ilustración; las diferencias entre el amor y la pasión en la novela romántica. Podría argumentarse que cada uno de estos temas merecería un libro. Es verdad. Pero también lo es que, en un afán de especialización extrema, pocos son los historiadores que, como Carlos Illades, pro-

yectan y logran ofrecer una visión de conjunto que permite ver el bosque pero nos enseña a estudiar cada árbol de manera individual.

Éste es, entonces, un libro sobre el otro nacimiento de nuestra nación. El significado de República Mexicana comenzó a existir como palabra en cuanto ocupó los papeles oficiales del país. Había que darle significantes que otorgaran solidez, ve rosimilitud y permanencia a la recién adquirida independencia política. De tal proceso de construcción mental y emotiva trata el presente ensayo. De las aventuras —y a veces desventajas— de historiadores, viajeros, utopistas, científicos, poetas que, como advierte el autor, se movían en la misma órbita y publicaban en los mismos espacios. El común denominador de su oficio era ser románticos, en el más puro y pesado sentido del término: creyentes en un mundo donde la imaginación tomara el poder y articulara la realidad a través de la otra voz. Dice Germán Arciniegas que no existe mayor acto romántico que la liberación de un continente y que por tal motivo Simón Bolívar es el arquetipo de ese linaje de héroes. Con su libro, Carlos Illa-

des demuestra que si México sobrevive no es por milagro sino por la fuerza invisible de esos románticos que creyeron en sus visiones y supieron transformarlas, o sentar las bases para transformarlas, en realidades de nuestra vida cotidiana. En tal sentido, tan romántico es el acto rebelde del niño zapoteca que una noche de diciembre huye de la ignorancia como la proclamación que años después hará de las Leyes de Reforma; tan romántica es la frase “Los valientes no asesinan” como dar clases de Historia a los alumnos del Colegio Militar, acciones ambas llevadas a cabo por Guillermo Prieto. Los románticos no son terrones de azúcar, como afirmó en alguna ocasión un político de nuestro tiempo, mal informado de la mejor tradición de los héroes mexicanos. Los románticos son lo mejor de lo que otro Carlos —Monsiváis— llama “las herencias ocultas”. Carlos Illades lo demuestra en este libro que enriquece su luminosa investigación sobre las esencias decimonónicas y su asombrosa vigencia y necesidad en nuestro tiempo, huérfano de héroes y poblado por gesticuladores. [1]

Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, (Sello Bermejo), México, 2005, 193 pp.